

# El traje del emperador tres años después

ENRIQUE FERRARI NIETO

Licenciado en Filología Hispánica y en Filosofía

Los museos de arte contemporáneo tienen escasa aceptación por parte del público —un ejemplo, el del Patio Herreriano—. La incompreensión de lo expuesto es la causa del rechazo, según el autor, que sugiere que prime la formación de los ciudadanos.

HACE días, el claustro principal del museo Patio Herreriano fue el escenario de una cata de vinos internacional. Como símbolo ha sido un acierto tremendo: arte contemporáneo y vino, asunto de catadores, exquisitos en el gusto. Lo sensual y lo social en los muros de San Benito: el arte —ya lo escribió Octavio Paz— como sensación y como distinción social que permite el ingreso de solo unos pocos en un estatus confuso, nacido de una jerarquía arbitraria y que casi nadie entiende. Tres años después, y tras los lamentos de los promotores por su incompreensión, no está claro el espacio que el Patio Herreriano ocupa en el ámbito cultural de Valladolid. Quienes alaban su colección, su calidad y su coherencia son los expertos de instituciones prestigiosas venidos de lejos. No el vecino de la Rondilla o de Parquesol, que no ha encontrado aún el momento adecuado para acercarse a verlo. Tampoco en la tarde tediosa de un miércoles, cuando la entrada cuesta menos que un café. El número de visitantes es muy bajo. Han fallado las expectativas. «La capacidad de convocatoria es la que es», decía resignado con los datos el Alcalde: poco más de cincuenta mil personas el año pasado. En su inauguración se habló de trescientas mil anuales.

Público y arte de vanguardia viven disociados. En España hay en torno a treinta centros de arte contemporáneo. Pero no es la respuesta a una demanda social, sino una cuestión de visibilidad: el gobierno de cada ciudad o región siente la necesidad de contar con uno para incorpo-

rarse al mapa cada vez más denso de municipios dotados con algún contenedor cultural de este tipo. Parece rentable, aunque muchos de estos centros sean solo espacios vacíos que buscan cada año, en Arco, cómo estirar un presupuesto agotado en un edificio espectacular, en el que apenas entra nadie. No importa. Se quiere una nueva imagen para la ciudad, un perfil más cosmopolita, en busca de un nuevo maná: el turismo cultural. Una oportunidad para ciudades sin playas y mar. Y no tanto una herramienta más en el enriquecimiento cultural de sus ciudadanos. Solo el 9% de los que visitaron el Guggenheim en Bilbao el año pasado fueron vascos. La entrada se nutre principalmente de turistas que consideran necesario en su currículum haber visto una determinada pintura. El Reina Sofía, el Picasso de Barcelona, el Dalí y el Guggenheim son los más visitados: en torno a un millón de entradas anuales. Son aquellos que usan como reclamo un autor o una obra muy célebre, el Guernica, por ejemplo, al margen de la coherencia de la colección. Es, después de todo, una cuestión de elitismo, de elitismo cultural: aun careciendo de formación, cualquiera

quiere ver El grito, ahora desaparecido, de Munch, por su relevancia, aunque no lo comprenda y no lo aprecie; pero son muy pocos los que muestran interés por niveles más profundos en el arte, por autores y obras menos conocidos, necesarios para forjar una historia del arte, pero eclipsados por picassos y dalís.

Sin renunciar a la búsqueda del turismo, sin caer en una beatería cultural escrupulosa, debería primarse la formación de los ciudadanos. No esperarlos tras el torno del museo, sino salir a buscarlos y crear así un público asiduo que pueda alimentar nuevas iniciativas en el sector. El arte contemporáneo se ha convertido, para muchos, en el nuevo traje del emperador; y ahora el pueblo no tiene miedo de decir, como el niño, que va desnudo: que eso no es arte, que cualquiera es capaz de hacer una raya negra o unas cruces en un lienzo. Ortega dio con la clave: «Lo aborrecen porque no lo entienden». El arte presente depende de su explicación: el espectador solo disfruta de las obras cuando conoce la intención del autor. La ruptura vanguardista, nacida de una nueva reflexión en torno al arte, y todas sus posibi-

lidades estéticas que alimentan las manifestaciones más actuales, aún no ha sido entendida por una mayoría: las acuarelas abstractas de Kandinsky, el enfado de Matisse ante el reproche por el poco parecido de la pintura al modelo: «Yo no creo ninguna mujer, yo hago un cuadro», o Fuente, un urinario de Duchamp, sobre el que hace pocos años orinó otro artista para crear una nueva obra. Las características que se creían esenciales en el arte cambian a comienzos del siglo XX, ya no cabe hablar de mimetismo, ni de proporciones, ni de bellas artes, con la sentencia tajante de Tristan Tzara: «Tengo un loco e incontrolable deseo de asesinar a la belleza».

Las administraciones tienen que elegir: o se quedan en el lamento, a la espera de que algún día las masas abran los ojos y admiren su gestión, o intentan dar un paso más, con una invitación más amable al ciudadano, reacio a este arte. Es una cuestión de capacidad de rentabilizar esta gran apuesta cultural. El mantenimiento del Patio Herreriano es una zarpa en el presupuesto del Ayuntamiento. Otros proyectos culturales han sido abandonados ante el desembolso que ha exigido y exige anualmente el museo. Y son proyectos quizás menos vistosos, pero también más cercanos al ciudadano. Por eso es una obligación moral justificar ese gasto, mostrarlo como una labor social, y no un juguete exquisito para una minoría selecta. Hay un segmento amplio de población interesado en otras manifestaciones culturales, que asiste a conciertos, al teatro o al cine, pero con prejuicios hacia un arte que no entiende. El problema es la actitud con que estos se enfrentan a la obra artística, una postura defensiva ante un arte que creen un estafador. De las dos alternativas que contempló Ortega, fusilar a los jóvenes artistas o esforzarse en comprenderlos, han optado, sin demasiados titubeos, por la primera. Por ello los museos deberían favorecer la reflexión personal acerca de esta actitud, e invitar al espectador a disfrutar solamente y aceptar el juego del autor. No cabe apostar por la difusión si no se garantiza la comprensión de lo expuesto: más allá de apetencias, de gustos, la población debe disponer de las claves necesarias para asimilarlo.

RAMÓN



## CARTAS AL DIRECTOR

Las cartas no sobrepasarán las 15 líneas mecanografiadas. El firmante debe estar identificado con fotocopia del DNI, dirección y teléfono. El periódico se reserva el derecho a reelaborar los textos extensos. Los escritos deben ser dirigidos a **El Norte de Castilla, Cartas al director**:

Por fax:  
933 412111

Por correo:  
Vázquez de Menchaca, 10,  
47008 Valladolid.

Por correo electrónico:  
cartas.nc@nortecastilla.es

## Tras la manifestación de Salamanca

Creo que Carod Rovira se ha enfadado porque quizá le han pisado la foto. Me explico: últimamente aparece en alguna imagen con una supuesta corona de espinas. Quizá la asociación de ideas han motivado ese requiescat in pace (político, claro) hacia su persona. No, señor Carod, no

se crea tan importante como para pensar que los miles de manifestantes de Salamanca deseamos su muerte, mucho menos el octogenario que portaba la pancarta y que también ha tenido su minuto de gloria en los medios de comunicación. Los miles de manifestantes pasamos olímpicamente de usted; en el mejor de los casos, lo único que deseamos es su muerte política en asuntos que nos afectan: léase Archivo de Salamanca; muerte que le llegará —no lo dude—, solo falta por saber quién le cavará la fosa. Busque, pero no en Salamanca, lo va a tener más cerca.

**JOSÉ F. BERNARDOS GIL**  
ÁVILA

\*\*\*

Leo que el PSOE asegura que había 30.000 en Salamanca y la policía decía que 80.000. Puede que sean 100.000. En Madrid dijeron que había 200.000 y resulta que

había casi un millón. Lo sencillo que es decir la verdad y ver que en Salamanca había un número suficiente de gente que sale a la calle en vez de quedarse a ver 'Cine de Barrio'. Los políticos, a su rollo; la sociedad civil, a la realidad, hasta el día que esta sociedad aparque a los políticos y decida ir por libre. El presidente no está fino, no señor, pero no hay nada como curtirse. Lo de Salamanca es una trágica nacionalista, y si lo reconociera, algo habríamos ganado, pero no.

**MIGUEL PERDIGÓN VARA**  
VALLADOLID

\*\*\*

¿Es posible tanto odio a una comunidad como se le tiene a la catalana? Y, para colmo, el vocero de todo el follón de Salamanca fue el 'amigo' Alfonso Usía, enemigo acérrimo donde los haya de Cataluña y de todo lo que se refiera a esta comunidad autó-

noma. Parece que busca algo parecido a los sucesos ocurridos en los inminentes días del comienzo de los fatídicos hechos del año 1936. No. Otra vez, no. Ni que el motivo fuese algo más importante. Menos ha de serlo, por tanto, unos simples papeluchos que a nadie deberían preocupar.

**VICENTE MARQUÉS SANMIQUEL**  
SABADELL (BARCELONA)

\*\*\*

Desde las elecciones generales, el Partido Popular viene acreditando su carácter reaccionario. No obstante, es al abordar la llamada 'memoria o justicia histórica' en relación con las víctimas del golpe de Estado de 1936 o de la represión franquista, cuando la derecha posfranquista muestra su condición de heredera de los vencedores. La desproporcionada reacción de los dirigentes populares ante el dictamen de la Comisión de Expertos so-

bre la devolución de los llamados 'papeles de Salamanca' a la Generalitat de Cataluña, es una prueba más de que la derecha únicamente profesa el patriotismo constitucional a beneficio de inventario, pero que en ningún caso está dispuesta a que se restituya a sus legítimos titulares lo que les fue expoliado en un ilegal 'derecho de conquista'. El Gobierno tiene la obligación política y jurídica de restituir formalmente a todos los expoliados o a sus herederos los documentos que les fueron usurpados, y solo después de un acto formal de restauración, los herederos podrían decidir el destino final de ese patrimonio documental, conservándose en el Archivo que se constituya los originales de los documentos o copia digitalizada de los mismos, pero siempre a elección de los interesados.

**JOAQUÍN RODERO CARRETERO**  
SECRETARIO REGIONAL DE  
IZQUIERDA REPUBLICANA DE  
CASTILLA Y LEÓN